



# **PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE SEVILLA**

**D. Alberto García Reyes**

**2 DE ABRIL DE 2017**



## I. Antífona de entrada: de la Cruz de Guía al preste

*Primer tramo*

¿Me deja paso, señora,  
que escucho la melodía  
del portón dando la hora  
de abrirle a la cofradía  
y mi impaciencia va sola  
detrás de la Cruz de Guía?  
Déjeme hueco, mujer,  
que ya vienen los faroles  
y estoy ansioso por ver  
la llama de sus crisoles,  
monaguillos, antifaces,  
las bullas por los rincones,  
nazarenos por las calles  
yendo hacia sus collaciones  
raudos, sin hablar con nadie,  
remangando sus ropones.  
Los manojos de chavales  
aprendiendo callejones,  
los globos danzando al aire,  
el compás de los tambores,  
vendedores ambulantes,  
costales y capirotes,  
el viento de los metales,  
las flautas y los oboes,  
la muerte en cada desplante,  
el reventón de las flores,  
la cruz de los Estudiantes  
que en la cruz se hacen mayores,  
la luna en los arbotantes,  
alfileres de colores,  
rosarios tambaleantes  
como péndulos cantores  
de ese tictac apremiante  
que proclama los dolores,  
la agonía y el aguante  
de un Cristo que en estertores  
da lo eterno en un instante  
muriendo entre cuatro hachones  
y afinando el triste cante  
que sale de los balcones.  
La brisa del Aljarafe,  
la Sed de los aguaores,  
las Aguas, los arenales,  
los besos de los traidores,

la Verónica del Valle,  
la Quinta Angustia en su bronce,  
la estraza planchando trajes,  
la cera de los blandones,  
el esparto por el talle,  
en la boca el Dulce Nombre  
y el Señor del Buen Viaje,  
en los ojos el azogue  
de las Tres Necesidades,  
y una hilera de oraciones  
con tiza de las de balde  
escrita en los mostradores.

*Segundo tramo*

Déjeme un sitio, chiquilla,  
que ya están aquí las varas,  
ya vienen esas bocinas  
con un toque que depara  
la Pasión por esa esquina  
en la que el reloj se para  
porque son sus manecillas  
la puya de la Lanzada  
clavándose en las costillas  
del niño de la Esperanza,  
la que vive en cada orilla,  
platillos de una balanza  
que pesa el llanto y oscila.  
Ya viene ahí el de la caña,  
¿qué tramo es este, qué insignia?  
¿Ha pasado el estandarte?  
Ya mismo está aquí el que expira,  
ya todo es punto y aparte.  
¿Cómo vas, entrañas mías?  
Te he visto por los andares.  
¿Tienes sed, quieres comida,  
te lleva el cirio tu padre?  
¿Te está apretando la hebilla?  
Tus ojos son dos ojales  
abrochando tus pupilas,  
qué penitencia más grande  
para mirada tan chica  
en la infancia de mi sangre.  
De dos en dos va la fila  
y cuando el palermo mande  
se quedará la capilla  
desierta y sangrando almagre  
en estas horas benditas  
en que Jesús y su Madre  
acuden como eremitas

al templo de los cofrades  
y ejercen de catequistas  
llamando por los portales.

*Tercer tramo*

¿Me deja mirar la estampa  
del Senatus de este tramo  
y al final la Cruz Alzada  
de los faroles del palio?  
Voy con el ímpetu en andas  
por dentro del santuario.  
Ay, Soledad franciscana,  
qué cerca lo han Despojado,  
déjeme ver tardes largas,  
que está San Pedro negando  
al de la cruz en su plaza  
y siempre que canta el gallo  
hay luz en la Candelaria  
para iluminar mi llanto.  
Entre el eco de la banda  
y el humo del incensario,  
he puesto a orear la capa,  
planché ya el escapulario  
carmesí en Siete Palabras  
y escuché ese campanario,  
paraíso de campanas,  
que traza el itinerario  
del viento hasta la Giralda  
en la estación sin horario  
del Mesías que nos salva.  
Dios va a salir del sagrario  
a pasear su Mortaja  
con las carnes en precario,  
con las brechas trinitarias  
desangrándose en los charcos,  
y llegará a Santa Marta  
cuando acabe su Calvario,  
maldita la Madrugada  
y maldito el Viernes Santo,  
tras recibirlo entre palmas,  
tras haberlo desplumado  
por San Roque de su Gracia  
y escriba silencios blancos  
de Amargura Font de Anta.

*Cuarto tramo*

Señora, déjeme verlo,  
que viene en su Borriquita,  
pídale a ese nazareno

que le dé ya la estampita  
del Señor de sus desvelos,  
que alivie las tres caídas  
con caricias de Loreto,  
que lo coronen de espinas  
de los rosales del huerto  
que nos dejó María Luisa  
a la vera de San Telmo.  
No se agite usted, tranquila,  
que el guión del sacramento  
viene aún por la retina  
revirando en el recuerdo  
y las reglas más antiguas  
gritan en un libro abierto  
con las hojas amarillas  
por la pátina del tiempo.  
No se ve la canastilla  
todavía ni a lo lejos,  
el sueño las palmas riza  
de San Juan a los Terceros,  
el aire es una utopía  
que respiran los espectros  
y Jesús aún agoniza  
en los lienzos del Museo,  
está orando todavía  
bajo el árbol Panadero,  
viene por la calle Orfila,  
altura del Ateneo.  
Están llegando noticias  
de que se lo llevan preso  
allí en el Tiro de Línea  
y luego por los Remedios  
le dan azotes de insidia,  
que están los naranjos llenos  
de copos en la Gavidia  
y los alcorques cubiertos  
de nieve mustia y marchita,  
y que sobran costaleros  
para llevarlo sin prisa  
hasta el altar de su entierro  
al compás de los Servitas.  
Por lo visto viene negro,  
Fundación de sus astillas,  
y están esculpiendo en cedro  
dos manos que van cautivas  
y a Dios mismo en San Lorenzo  
y en San Luis la mascarilla  
más guapa del universo.  
Viene vivo por Castilla  
y en el Salvador ya ha muerto,

ya están fritas las torrijas  
con las mieles como unguento  
del amargor de esta ira  
que apenas dura un momento  
para una muerte infinita.  
Ya están los jarrones puestos  
y las cañas con sus guitas  
para encender firmamentos  
que son los faros vigías  
que alumbran el pan de pueblo  
de la magna eucaristía  
cuando Dios nos da su cuerpo  
con las manos de María.

*Quinto tramo*

Por favor, ¿qué tramo es este,  
cuántos tiene esta hermandad,  
qué falta para que llegue  
el que manda de verdad,  
si ya está echada la suerte  
y lo van a condenar  
a ser triste penitente  
que viene por San Román  
cantando por martinetes  
como un gitano juncal  
sentenciado injustamente  
por un burdo tribunal?  
Ya está muerto en los Javieres  
y más muerto en San Julián,  
ya viene andando imponente  
sufriendo la Bofetá,  
está solo entre la gente,  
San Lorenzo en Soledad,  
San Gonzalo balbuciente  
cuando lo mira Caifás  
mientras va cruzando el puente,  
y llegando a Montserrat  
tres cruces magnificentes,  
y en Adriano la Piedad,  
le anuncian que es inocente  
y que pronto va a llegar,  
llevado por la corriente,  
en un par de chicotás,  
a la hora más hiriente  
de misa en la Catedral  
para ser superviviente  
tras la Vigilia Pascual.

*Sexto tramo*

¿Ha pasado el bacalao  
por el Brillante en su cesta?  
Ya está todo preparado  
en el manto de la Hiniesta,  
está Dios Crucificado,  
su Virgen de las Tristezas,  
los capirotos colgados  
en las puertas de las tiendas,  
los acólitos cansados  
escortando la humareda,  
las vigas de artesonados  
soñando ser parihuelas  
del intimista traslado  
desde el barroco al mudéjar,  
limoneros machadianos  
en la casa de las Dueñas,  
el latín de los quinarios,  
los rezos en nuestra jerga,  
un relincho de caballos,  
la Victoria Cigarrera,  
en la plaza de los Carros,  
mitad de la calle Feria,  
una Virgen del Rosario,  
en San Jacinto una Estrella,  
Cruz Santa en Mateos Gago,  
el patio de las doncellas  
del Alcázar apagado,  
en San Vicente las Penas,  
la Salud en San Bernardo  
el pan de la última cena,  
la Virgen del Subterráneo,  
la Humildad y la Paciencia,  
en el Cerro un Desamparo,  
los jueces firman sentencias  
con plumas de los romanos  
y en San Benito presentan  
la ignominia de Pilato,  
marchas de Gómez Zarzuela,  
los fagotes en los atrios,  
sones de Gámez Laserna  
en las fuentes de los patios,  
la noche que ya bosteza,  
gente escuchando en la radio  
las lágrimas de la cera  
cayendo en los candelabros.  
Ya viene la presidencia,  
la del Silencio de Ocampo,

ya se ve la manigueta  
por esa esquina asomando.

*Séptimo tramo*

Señora, déjeme oír  
la venia en este palquillo,  
que el viento quiere esculpir  
el golpe de ese martillo,  
capataz del camarín  
que le exclama a la cuadrilla  
como grita el almuecín  
rezando su tonadilla  
en la torre andalusí:  
arriba las mariquillas  
y el encaje de organdí,  
que se caigan las horquillas  
de la Virgen al pretil,  
ya vienen las zancadillas  
al que vale un potosí,  
ya lo pasan a cuchilla,  
lo rajan sin bisturí,  
lo venden por calderilla,  
lo llevan a un cuchitril  
y lo ponen de rodillas  
para una muerte tan vil.

*Octavo tramo*

Déjeme paso, Sevilla,  
quite de en medio este atril,  
que esta guerra está vencida,  
hay Paz en el Porvenir.  
Ya está la hora cumplida,  
ya comienza este trajín,  
Cristo se acerca entre vivas  
para exponer su Buen Fin  
y, para entregar su vida,  
carga la cruz hasta aquí.

*Último tramo*

Deje paso, por favor,  
que estoy en un sinvivir  
y ya los rayos del Sol  
alumbran la cicatriz  
del que en un corral nació  
porque lo quiso parir  
una Virgen de la O  
en este humilde cahíz.  
Deje paso a mi dolor,



que todo pasa en un tris  
de aquí a la Resurrección  
y le tengo que decir  
por la calle, a viva voz,  
que si pudiera elegir  
hoy también me muero yo  
porque aquí somos así:  
vamos a muerte con Dios.  
Y a la hora de morir,  
Él muere en el Salvador  
y yo me muero en San Gil.

## **II. Dios ama a Sevilla**

Aquí hay que morir y la hora se anuncia en todas partes. ¿No lo ven? Hay unos tablones en el Salvador porque sólo aquí, después de muerto, el Señor desciende, pues éste es el único lugar del mundo donde al paraíso no se sube: se baja por una rampa. Las esquelas anuncian el nombre de un Señor que vive en San Lorenzo, se ensortija en el Museo, convulsiona en el Patrocinio y se cita con la muerte enclavado en San Julián, en el Salvador, en los baños de la Reina, en la calle Dos de Mayo, en el Cerro, en Anchalaferia, en la Fábrica de Tabacos, en un charco de sangre en la Calzada, en Santa Cruz, en Nervión, en San Bernardo, en San Vicente, en San Martín, en San Pedro, en la Ronda, en los Terceros, en la Magdalena, en el Arenal, en cualquier sitio, en los patios, en las costanas, en los zaguanes, por donde quiera que vayamos se nos va. Yo veo avisos por todas partes. Veo coágulos de Sevilla en todas sus brechas. Veo cómo el Guadalquivir se convierte en cingulo verde agua que divide en dos el hábito de la ciudad. ¿No ven que los abuelos han mirado ya el programa para comprobar a qué hora pasa el Señor este año por la esquina en la que se hicieron novios? ¿No ven que la piqueta de Pavón está este año derribando penas en la calle Parras porque también se ha muerto un romano de los tiempos del Pescaio y está la Centuria en ruinas? ¿No ven que hay un “Cirio Apagao” en Casa Manolo porque está humeando la llama de Manolo Toro tras el soplo de la vida? ¿No ven que está más morada la libreta de Fernando Carrasco en San Bernardo porque su palabra ha encontrado Refugio definitivo en la túnica arrabalera de nuestra añoranza? ¿No ven que los capirotes de la Alcaicería de la Loza cuelgan de las puertas como flechas premonitorias que tienen la misión de apuntar al corazón de María en Heliópolis, a Bellavista, a Pino Montano, a Torreblanca, a San José Obrero, a Padre Pío, a Los Remedios, a Alcosa, al jardín de la ciudad y a la Corona del Sagrario, que es donde está el hombro más antiguo sobre el que dejamos nuestros escombros? ¿No ven que este año se ha sacado la papeleta de sitio en la Vera Cruz y en Montesión un niño pintor que se llama Bartolomé? ¿No ven que hay nubes immaculadas en el cielo que ha pintado Murillo 400 años después de empaparse de Sevilla en la pila de la Magdalena? ¿No ven cómo las celosías se tiñen de luto en los rodetes de las mujeres, que son cada Jueves Santo las espadañas más hermosas del universo? ¿No ven que los lirios son cónclaves de cardenales en flor eligiendo el destino de la Humanidad a los pies de la cruz? ¿No ven que ya viene Malco desde San Lorenzo a darnos una Bofetá de Sevilla por todas sus plazoletas? ¿No ven que Longinos está ya en la raya de picadores esperando desde su caballo la embestida del tiempo por la plaza de San Martín? ¿No ven cómo la gitana que vende romero en la Puerta de los Palos le está diciendo la Buenaventura a la Soledad y sólo le adivina llanto y más llanto? ¿No ven que Sevilla es una víspera de algo que nunca llega porque siempre está? Pues todas esas

cosas son avisos de la Resurrección. Son señales de Dios, que es un humilde Cisquero que ya viene racheando por los tuétanos de la ciudad verdadera para repartir calor en esos cuartos en los que los yacentes ya sólo saben mirar hacia donde apuntan los dedos índices muertos del Cristo de Burgos. Yo veo con claridad que están todos los relojes puestos en hora. Y no quiero contar hoy lo de siempre. No vengo a dar la noticia de lo que está pasando ahí fuera, que es lo que he de hacer cada Semana Santa en las páginas de mi periódico. No. Hoy vengo a hacer una crónica de lo que me pasa a mí por dentro, del camino que coge la cruz de guía de mis entretelas cuando el Hijo de Dios y su Madre pasan por las puertas de las casas y se abren todas las ventanas de mi piel. Vengo a dar la Buena Noticia. La que siempre está de actualidad. Éste es el titular: Cristo vive y nos ama. Abran, sevillanos, que ya es la hora. Déjenme llevarles por esos recovecos, andando por encima del tiempo en este recorrido caótico por bocacalles, bullas y cangrejos de mi recuerdo, y vengan conmigo por los callejones de mis venas a buscar la verdad definitiva mientras suplico.

Préstame, Dios, tu madero,  
que voy a seguir tus pasos,  
perdóname mis fracasos  
que voy a tu Matadero.

Dame fuerza y compasión,  
pon tu palabra en mis labios,  
Tú eres sabio entre los sabios,  
escribeme este pregón.

Voy a pregonar tu Amor,  
tu cruz y la vida plena.  
No sé si la voz me suena,  
pero óyeme, mi Señor.

Déjame ser tuyo a ultranza  
y si me vieras caer,  
ayúdame, Gran Poder,  
a no perder la Esperanza.

### **III. Cautivo de mi memoria**

Mi verdad comienza en el Tiro de Línea. Porque por donde camina el Señor aprendió a caminar mi herencia. Allí, sobre las huellas de Jesús el Cautivo, dio sus primeros pasos mi niño, en el barrio de sus ancestros. Estoy convencido de que no puede ser casualidad que los primeros pasos de mi legado se dieran junto a un Señor que tiene sus pies originales dentro de su pecho. Al prioste Antoñito Fernández se le ocurrió proponerle a Paz Vélez, cuando le talló su nuevo cuerpo en los ochenta y la hermandad decidió reducir a cenizas el antiguo, que no quemara los pies viejos. Que utilizara esa madera para insertarla dentro de su corazón porque todos los besos del barrio estaban ahí. El escultor se emocionó, cumplió la encomienda y, tal como había pactado con el prioste, no se lo contó a nadie. Fue Antoñito quien confesó la historia poco antes de morir. Qué bella metáfora. En el Tiro se anda con el corazón. Y allí fundé yo mi hogar, mi familia, mi primera iglesia. Allí nació y aprendió a caminar la sangre de mi sangre, en el barrio en el que las mujeres le daban sus zarcillitos viejos al Padre Botella para hacer la corona

de la Virgen como primeras cuotas de una hermandad que fue levantando despacio aquel cura, don Antonio González Abato, que logró encontrar en los estómagos vacíos mendrugos para la caridad. Por eso cuando lo veo venir con esa cadencia de presidiario, solo en mitad del jolgorio a ese lado del paso a nivel, con más furia que el tren que tantas veces me trajo de mi pueblo por la vía de mis quereres de nazareno, yo distingo en las palmas de sus manos las alhajas de aquellas santas. Entre ellas, una que se llamaba Ángela, ay, Angelita, de la que necesito acordarme siempre. Porque en el oro de esa cofradía veo yo fundido todo el modesto tesoro de mi fe. ¿Quién no ha sentido correr el tiempo hacia atrás al contemplar el rito sagrado de la cofradía de su familia otra vez en la calle? Cada cual busca su consuelo como puede. Yo lo hago asumiendo a esa hora de mi costumbre que Él va solo en su sufrimiento para convencernos de que nosotros vayamos juntos. Para anunciarnos la trascendencia de la familia como institución cristiana. Para que caminemos por la vida con los pies en el pecho y amarrados a nuestros valores y principios. Mis hijos se ataron al amor de Dios cuando lo vieron caminar hacia nosotros en el Tiro y supieron que su cautiverio es el emblema de nuestra libertad. Libertad para creer sin complejos. Libertad para ser cristianos activos y exhibir nuestra condición sin temor. Libertad para defender nuestra fe con tolerancia, que es lo que nos diferencia a los cristianos de esta vieja Al-Ándalus de quienes vienen a atropellarnos en nombre de su dios, como si Dios amparara al demonio y no fuera el verdadero atropellado por la sinrazón y la barbarie. Libertad, libertad, y libertad para ser cautivos de Cristo en la proclamación cotidiana del amor al prójimo. Yo he tenido la suerte de aprender eso de mis mayores en el barrio de las Mercedes, donde Jesús camina de verdad cada Lunes Santo hacia nosotros viendo caer el llanto sobre la silla vacía que le seguimos poniendo a Angelita en Felipe II para que se acuerde siempre de ella cuando va por allí y de la hermosísima petición que esa mujer bisbiseaba al verlo pasar junto a sus nietos: “Siempre como ahora y mejor cuando Dios quiera”. Esa frase la dicen ahora los niños que van renovando ese patrimonio en el que todo pasa menos Él. Porque Dios no deja nada como estaba. Cuando pasa, aunque todo parezca repetirse, todo ha cambiado. Y yo he aprendido, como en el viejo aforismo, a ir como si fuera preso: detrás camina mi sombra, delante mi pensamiento. Y he podido, gracias a Dios, transmitírselo a mis hijos, a los que me encomiendo en esta tradición de hablarle cada año al vecino más importante del barrio en su insoportable e invencible soledad y abandono.

Solo como un gran coloso,  
como un soldado en el frente  
que está solo entre la gente  
y jamás tiene reposo  
porque quiere seguir vivo:  
solo, pero siempre altivo.

Solo como un pobre cardo  
en el campo de batalla,  
línea del tiro que falla  
el cañón de San Bernardo  
apuntando al compasivo:  
solo sin más adjetivo.

Solo en el parque entre acacias  
y el árbol de las lianas

en sus manos soberanas  
amarrando sus desgracias  
en el huerto del olivo:  
solo en lo más decisivo.

Solo en la Plaza de España,  
entre dos torres, la torre  
que en su abandono socorre,  
siempre invencible en su hazaña,  
a quien quiere serle esquivo:  
solo, mas caritativo.

Solo al llegar al Postigo  
sombreado las paredes,  
sola también su Mercedes  
encalando su castigo  
con su llanto intempestivo:  
solo, pero imperativo.

Solo entre los batallones  
poniendo el valor a prueba  
cuando en Santa Genoveva  
lo prenden los centuriones  
con un gesto repulsivo:  
solo en su barrio nativo.

Solo sin nadie en su paso,  
¿dónde estamos los cobardes  
que hacemos tantos alardes  
protestando por su ocaso,  
si yo mismo lo derribo?:  
solo y nunca vengativo.

Solo andando por mi pecho  
con los besos de sus pies,  
solo en un mundo al revés  
que Él solo puso al derecho  
en cada pecho nocivo:  
solo, mas definitivo.

Solo Dios en las afueras  
escuchando a quien le implora:  
“Siempre como estoy ahora  
y mejor cuando Tú quieras”.  
Solo ante el llanto efusivo,  
solo, pero comprensivo.

Solo como está la silla  
de la abuela en la avenida  
donde se sienta mi herida

a recordar su Sevilla  
que cada Lunes revivo  
y sólo queda el Cautivo.

#### **IV. Testamento en Siete Palabras**

Allí, en el Tiro de Línea, hizo un chiquillo hace ya no sé cuántos años una bolita de papel de plata que hoy es una extraordinaria bola de cera que mide el tiempo de mi estirpe. En la calle Sierpes, donde tiene las sillas mi gente, esa bola ha ido pasando de mano en mano y ahora la custodia el más chico de todos. Sus primos la fueron fraguando y a medida que han ido creciendo la han legado al siguiente. Y ahora me he dado cuenta de que la bola también ha crecido como ellos. Porque los nazarenos de todas las cofradías han ido donando cera lentamente, lágrimas caídas de la cárcava de sus pabilos, para seguir manteniendo viva la llama. De alguna manera, esa bola simboliza el paso del tiempo mejor que ningún reloj. Porque está hecha del material con el que en Sevilla fabricamos la luz. Esa bola es la vida en todos sus colores. El rojo de la sangre del vientre materno. El blanco de la leche que nos amamanta y de la inocencia de la niñez. El celeste de la adolescencia. El añil de la juventud. El ocre de la madurez. El verde de la esperanza. El tiniebla de las horas seniles. El negro del dolor definitivo. El azul de la Resurrección. Toda esa cera es una donación con la que juegan los niños entre los nazarenos pidiéndoles un chorreoncito misericordioso de tiempo líquido que luego habrá de cuajarse en el recuerdo. Esa bola representa para mí la “Esperanza de Vida” con la que ha empezado hoy todo aquí, pues ningún compositor del mundo ha logrado hacer jamás una marcha más bella que la que compuso Dios en la primera célula de nuestra existencia: el corazón latiendo. A ver quién supera esa partitura. Y con el compás de mi latido en frenesí, cojo ahora yo la bola de cera de los niños de la calle Sierpes que duerme todo el año en el altillo de mi casa y me voy esquivando cortejos a San Vicente, donde vive la hermandad con la que hacen estación de penitencia mis criaturas vestidas de carmesí, a donar allí lo más preciado que tengo.

Tengo dentro dos asedios,  
Cristo de toda certeza  
que asiente con la Cabeza  
y siempre ofrece Remedios.  
Te dejo lo que más quiero,  
comprende a este humilde siervo,  
por siete vale tu verbo  
y el mío vale por cero.  
Qué enorme vocabulario  
para el óbito silente  
que anuncias en San Vicente  
detrás de un escapulario.  
Aquí va mi testamento  
y Tú has de ser el notario  
detrás del confesionario  
de mi último momento.  
Cuando la muerte me encuadre,  
ante Ti me desvalijo:  
Señor, te doy a mis hijos,  
no conozco mejor padre.

La vida infinita labras  
al hablarles mientras mueres,  
para exclamar que los quieres  
te bastan Siete Palabras.

## V. La Piedad de una madre

Siete palabras sobran para explicar todo el amor. Esa lección cristiana es la escuela de la santidad, donde el rector Estudiante de Sevilla, ése que está hecho de madera de pupitre y que nos explica que jamás se termina de aprender porque aprender es amar y el amor no tiene fin, nos enseña que la Angustia de su madre es la mejor educación para un hijo. Eso es lo único que yo sé con certeza. Que las madres son las mejores maestras de la faz de la tierra porque son las únicas que de verdad enseñan con el ejemplo. Sufriendo, callando, llorando detrás de la puerta, moviendo Roma con Santiago para que a los hijos no nos roce nunca el filo del dolor, aunque tengan que poner ellas por delante su fortaleza y cada una de nuestras heridas les llene el alma de tiritas. Las madres son un milagro. A lo largo de la vida ves envejecer a tu padre, en quien encuentras siempre la mejor sombra. Ves envejecer a tus hermanos, con los que avanzas de la mano por venturas y desventuras. Ves envejecer al espejo, que va encaneciendo la mirada y el pensamiento. Incluso ves envejecer a tus hijos, que crecen como un rayo que te atraviesa. Pero nunca, jamás, de ninguna manera, ves envejecer a tu madre. Tu madre es para siempre aquella chiquilla que recuerdas lavándote la cara por la mañana cuando eras un niño. Es permanentemente, hirsuta su piel y arrugada el alma, una muchacha joven que te hace arrumacos y te pone la mano en la frente cuando caes malo. Una madre nunca se hace mayor en la mirada de un hijo. Por eso yo me deshago cuando los miércoles por la tarde me encuentro en el Arenal con la Virgen más madre de Sevilla, la más niña, la que Fernández-Andes talló con la cara más moza de la ciudad, la Piedad del Baratillo. Esa quinceañera que lleva a su hijo muerto por la vera de la plaza de los toros es el culmen de la bravura, un homenaje a todas las madres, esas niñas perpetuas que se pasan la vida rogando a Dios por nosotros. Yo la miro a Ella, pienso en mi madre, y se me llena la boca de piropos desde el tendido.

Muchacha del Arenal,  
Misericordia en tu abrazo,  
te embiste un albarreal  
y Tú en el trance final  
lo metes en tu regazo.

Moza de la Maestranza  
con el hierro del Pilar  
clavándose en tu templanza,  
la muerte se te abalanza  
sobre el hule de tu altar.

Niña del manto de luces,  
sólo tienes quince años  
y estás cargada de cruces,  
el dolor te da de bruces  
y nunca vas al engaño.

Chiquilla de los toreros  
de los cercados de luna,  
toreas los tentaderos  
de los hierros carreteros  
y el Compás de la Laguna.

Y siempre te hiere el toro  
del Miércoles por la tarde  
cuando la luz es de oro  
y el pitón es indoloro  
en tu corazón que arde.

Un asta de Alcurrucén  
le abrió a tu hijo las llagas,  
nadie toreó tan bien  
como Él en Jerusalén  
una suerte tan aciaga.

Un romano malnacido  
lo revolcó por Molviedro  
y le despojó el vestido  
en un derrote perdido  
de la ira de un juampedro.

Y tú siempre vas plañendo  
la agonía del maestro  
que en el ruedo es un estruendo,  
estoqueas al zaldiendo  
y te embiste un mal cabestro.

Eres encaje de nube  
del azul en su berreo,  
ganadera de un murube  
que en el vil arrastre sube  
a la gloria del toreo.

Torrealta de la fe,  
la nobleza de Jandilla,  
la verónica que fue  
en su muerte al volapié  
tauromaquia de Sevilla.

Cruz Roja de la Ascensión  
aquella tarde de Urquijo  
en la que dio el Faraón  
medias de Resurrección  
por la muerte de tu Hijo.

Fuente Ymbro donde mecen  
su sangre las amapolas

para que las flores recen  
pasodobles mientras crecen  
los oles de los guardiolas.

Eres la niña de acero  
que aguanta la tempestad  
de los Benítez Cubero  
en el momento postrero  
en que te llaman Piedad.

Que más brava no la hay  
y más noble ya no existe,  
todo el tendido es un ay  
cuando en pleno guirigay  
la muerte de Dios te embiste.

Eres gemido del viento,  
del Carmen, la zalamera,  
un dolor de monumento,  
eres el lance más lento  
que jamás tocó Tejera.

Torrestrella que ilumina  
con tus ojos diluvianos  
la suerte más astifina  
cuando asomas por la esquina,  
Reina de la calle Adriano.

Eres la mejor divisa,  
garantía de revuelo  
la más casta y más precisa,  
la que mejor improvisa  
los quites con un pañuelo.

Eres la niña más pura  
y no te vale un novillo.  
Tu destino es un miura  
que escarba la sepultura  
del Señor del Baratillo.

## **VI. Cachorro, mírame**

Las niñas de Sevilla son la Piedad, la Virgen de Guadalupe, que ahora en su medio siglo vuelve a cumplir 16, y las de los ojos del Cachorro. ¿No se han fijado? Los ojos del Cachorro son como los del puente de Triana: a través de ellos sólo se ve cielo. Esos ojos son nuestra gran apoteosis cristiana. Porque son la proclamación extrema del Cristo vivo. Son la muerte mirando hacia donde está la Vida. Son la verdadera, la auténtica, la única víspera. La víspera de la Resurrección. ¿Y qué es este ensueño al que llamamos Sevilla sino víspera? Sevilla es lo que está justo antes de lo que será siempre. Por eso yo defiendo que, en el fondo, aunque venga hasta la Catedral, el Cachorro nunca cruza el



punte. Llegué a esa convicción gracias a un gitano criado en el Tardón que nos anunció con su guitarra el Nuevo Día y que cantaba una copla que parecía escrita para la boca del que expira en la Vega: “Giralda, cuando yo me muera / vendré a acariciar tu cuerpo / vestí de primavera”. Manuel estaba hecho polvo, gritando todas las tardes en medio del campo porque los alaridos le aliviaban el dolor de su enfermedad. Y en esos estertores, él, que había tenido tantas dudas a lo largo de su vida, me confesó que se fue a buscar en su último Viernes Santo al Cachorro a la calle Castilla para hacerle una pregunta cara a cara, agonía frente a agonía: “Señor, ¿cómo se cruza este puente?”. Él lleva siglos padeciendo el quejido más desolador del Hombre para eso, para enseñarnos a cruzar a la otra orilla, a la orilla plácida, a la definitiva. Nosotros nos vamos y Él se queda para acompañar a quienes nos sucedan. Así que donde más me gusta a mí su jipío es en Sevilla, porque a este lado ya no es sufrimiento, sino triunfo y Resurrección. A mí donde me gusta el Cachorro de verdad es entrando por la Magdalena, porque por donde lo están bajando de la cruz los Santos Varones, justo por donde está su Calvario definitivo, pasa Él vivo con su pecho abierto demostrándole a la ciudad que es más fuerte que su propia muerte y que la vencerá para salvarnos. Pero donde lo voy a necesitar de verdad es en Triana, que es donde está su gran autoridad, su escuela de la expiración. Por eso yo aspiro a encontrármelo en mi tránsito postrero agarrado con todas mis ganas a las barandillas de ese último puente, apretando los puños, para despedirme e imprecarle:

La vida que se aferra a tu suspiro.  
La muerte que se agarra a tu lamento.  
La vida con la muerte en un momento.  
La muerte con la vida de retiro.

Vivir es que respires cuando expiro,  
morir es que te duermas cuando siento,  
la vida es que en tu muerte me arrepiento,  
la muerte es que en tu vida yo deliro.

Tus ojos son quejidos que no mueren,  
miradas espirales al más alto,  
el cielo en dos luceros, luz futura,  
dos faros de negrura que me hieren:  
Tú nunca faltarás si yo te falto,  
yo nunca moriré con tu estatura.

No vives porque estás en agonía  
ni mueres porque aún late tu pecho.  
Ni vives ni te mueres en tu lecho,  
ni aclaras ni anochece este día.

Quieres ir al gran trance con maestría,  
cruzar ese martirio sin despecho,  
y el tiempo de tus labios, tan estrecho,  
no te deja exclamar tu bonhomía.

Ni avanzas asfixiado hacia la muerte,

ni duermes ni despiertas desvelado,  
ni el aire en tus pulmones se equivoca.  
Ni eres frágil, Señor, ni eres tan fuerte,  
ni hay niñas en tu cielo, está nublado,  
ni un ay en las barandas de tu boca.

Te juegas tu poder a voz en grito  
tirando al río Betis mil monedas:  
todo es a cara o cruz y en cruz te hospedas,  
en cruz plantando cara al infinito.

Tu lucha cada Viernes es un rito  
que nubla en tu retina mis veredas,  
y yo me voy, Señor, y tú te quedas,  
eterna es tu condena sin delito.

Si no expiras bastante en el Museo  
y exponen tu más triste vaticinio,  
sufriendo sin respiro y sin ahorro,  
mi muerte es tu dolor en su apogeo:  
ni puede ya llorar tu Patrocinio,  
ni Tú podrás seguirme, mi Cachorro.

## **VII. Por soleá**

La boca del Cachorro es el pozo de todos nuestros suspiros. Ese ay de postrimería que lleva escrito en los labios me hace un daño atroz. Perdonen, pero yo después de esto estoy destrozado y tengo que ir un ratito a las sillas a descansar. Venga, que mientras vemos pasar nazarenos allí sentados aprovecho para contarles una cosa que me ha recordado el suspiro del Cachorro. Les confieso que yo siempre he buscado mis suspiros hondos en la guitarra, porque la guitarra es la boca por la que suspira Sevilla. Aprendí a abrazarla en un pequeño templo donde me hice hombre. Una barbería de mi pueblo que regentaba un señor al que llaman Azuquita. Allí escuché la primera saeta de mi vida que me hizo llorar. Me la cantó al oído un saetero olvidado, pero colosal. Se llamaba Eduardo Arahal Gómez, aunque en los carteles se anunciaba como el Rerre de Los Palacios. Él me habló del Gloria, de Manuel Torre, de Vallejo, de Tomás Pavón, de Pastora, de la Niña de la Alfalfa o de Pepe Valencia mientras me cantaba saetas en la barbería donde enseñaba a tocar la guitarra Luis Franco, un hombre bueno a quien debo muchas cosas en mi vida. Una de las que más me marcó de él fue que todos los años, al llegar la Cuaresma, quemaba allí una pastilla de incienso en un viejo sahumero de loza con la lumbre de su puro y, mientras el Rerre me hablaba de sus devociones o de cómo el Majareta fundía los hierros de los balcones para convertirlos en clavos de Cristo con el fuego de su garganta sobre el yunque de los Cagancho, Luis me guiaba las manos por el itinerario de la soleá. Qué mezcla más extraña, pero más verdadera. Luego conocí a su hijo, Paco Jarana, uno de los mejores guitarristas de este tiempo, a quien ahora considero un hermano porque yo quiero a su padre como si fuera el mío. Y con la

nebulosa de la saeta del Rerre, el sonido de las tijeras de Azuquita, el humo del incienso mezclado con el del farías y la soleá dando vueltas en mi cabeza, he soñado muchas veces que yo era capaz de contar la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús en Sevilla con ese compás que de niño aprendí con las yemas de mis dedos. Dijo Joaquín Caro Romero que aquí la vida es una semana. En nuestra literatura propia, en nuestra forma de desahogarnos cantando, la vida son tres o cuatro versos...

Cristo es un acemilero  
con el cielo en las alforjas  
a lomos de su Platero.

Cuando sale al Salvador  
y ve apóstoles tan chicos  
se va muriendo de Amor.

Pan de la Última Cena,  
los Panaderos de Orfila  
hicieron esa telera.

Se retuerce el cañamón,  
matriz de las aceitunas  
que nacen en Montesión.

Un olivo milenario  
está el señor verdeando  
con la Virgen del Rosario.

Están cogiendo gordales  
y las están vareando  
con el son de los varaes.

Te juro que no me fío  
del que está besando al hijo  
de la Virgen del Rocío.

Sus dudas son nuestras dudas,  
¿quién no ha hecho nunca un amago  
de besar como ese Judas,  
el de la calle Santiago?

Maldito seas, Caifás,  
que lo juzgas en Triana  
sin dar un pasito atrás.

Sanedrita del Tardón,  
anda ve y dile a la Virgen  
que ya es su coronación.

Sayones de Los Remedios,

no pegarle así a mi padre,  
que es un pobre nazareno  
que no se mete con nadie.

Allá por la Anunciación  
de espinas siembran su frente  
mientras va hacia el Panteón  
rezando versos de Bécquer.

Su báculo es una caña  
para que su reino ensaye,  
su sino es una montaña,  
pero su madre es el Valle.

Hasta los árboles lloran  
y dejan caer sus hojas  
cuando ven por la Calzada  
cómo le quitan la ropa.

Que no presuma Pilato  
por San Benito de astucia,  
que allí se lavó las manos  
y todavía hay agua sucia.

Nunca me salen las cuentas:  
en el libro de las penas  
siempre hay más sumas que restas.

Por mucho que las divido  
me sale el mismo cociente:  
de San Roque a San Jacinto,  
todas caen en San Vicente.

A la túnica estatuaria  
que el viento talló en quietud  
le borda la Candelaria  
un suspiro de salud.

La Estrella el caudal empaña  
y sus varaes parecen  
la sombra de la cucaña.

En mis más hondas porfías  
Ella es mi vieja querella:  
sus penas son penas mías,  
no hay en mi cielo otra Estrella.

Dos catedrales enfrenta  
la Concepción por los palcos,  
la nuestra y la de Venecia,

Santa María y San Marcos.

Y toda Sevilla calla  
entre las dos catedrales  
que tiene su Madrugada.

Lo de aquí no tiene precio,  
no hay dinero en este mundo  
que compre nuestro Silencio.

Mi Virgen de Montserrat,  
tus penas no van a menos,  
tus penas van siempre a más.

Nadie sabe lo bastante  
porque el más sabio y más cierto  
lleva dos mil años muerto  
y sigue siendo Estudiante.

Llamad a la de las Aguas  
y que le dé de beber  
al Señor de la Gran Plaza,  
que se va a morir de sed.

La tempestad es inmensa:  
las Aguas siempre en goteo  
y un rayo que nunca cesa  
sobre la cruz del Museo.

La agonía zigzaguea  
con fulmínea Expiración,  
qué muerte talló Cabrera  
más digna de exposición.

Guadalupe mexicana,  
eres una carabela  
hecha en las atarazanas.

La alianza vencedora  
es clavar la Vera Cruz  
en los baños de una mora.

En Santa Cruz se atestigua  
que aquí la misericordia  
es la virtud más Antigua.

Penitencia de los Negros:  
por fuera visten de blanco,  
llevan el luto por dentro.

La Luz es lenta arropía,  
miel que alumbra las tres cruces  
que hay en la Carretería.

El barco negro del puerto  
trae un ay en cada lado  
y en medio un "ay, que se ha muerto".

Cuando por la calle voy  
hago a las piedras llorar,  
voy repasando las llagas  
que conté en la Trinidad.

Y después de muerto baila  
despacio en la Magdalena  
al compás de la bisagra  
que hay entre el cielo y la tierra.

La Soledad va sin nadie  
y suspira en San Lorenzo:  
ay, qué Soledad más grande.

Renace en Santa Marina,  
Aurora de vida eterna,  
cogiendo las esclavinas.

Cristo vence a su destino,  
Él resucita y yo muero  
cuando se asoma al tendido  
con su mata de romero.

### **VIII. Esperanza y Amargura**

“Soleá, dame la mano” es una marcha que Font de Anta compuso para ponerle sonido a las manos desesperadas de los presos de la cárcel del Pópulo que salían por las rejas de las celdas cuando la Esperanza iba de vuelta por el Arenal. La Reina de la noche larga de Triana es un consuelo para todos los que han naufragado en la vida. Por eso los rescata. Porque, como tantas veces digo, sus manos son como palomas. Pero escuchando esa marcha me pasa algo que no consigo explicarme nunca. Las líneas paralelas del pentagrama se me cruzan con la otra gran obra de la casa Font de Anta, “Amarguras”, y al ver las cornetas de la banda de las Tres Caídas detrás del Silencio Blanco o a San Juan, que es titular de la hermandad de los marineros, a la vera de la Amargura, se me mezclan también los conceptos que representan. Los presos alargaban sus manos hacia la Esperanza para sanar su Amargura como el Señor alarga la suya hasta la piedra que le ayuda a levantarse del suelo. Y la Esperanza es un sentimiento

vacío si no estamos dispuestos a atravesar ninguna Amargura para alcanzarla. Ese cruce me trae de cabeza. Llámenme loco si quieren. Seguramente tendrán razón. Pero en esos sonos junto yo dos devociones que se me van de las manos. Y sueño que les hablo de la Virgen a los reos, para que se hagan pescadores de su cofradía, sin saber exactamente de qué Virgen les hablo, si de la del barco que zarpa de Madrugada o de la que recibe el sol por su ventanal en San Juan de la Palma cuando el otoño y la primavera se desperezan. O quizás les hablo así de las dos a la vez, pues todas son sólo una que se llama María:

Sed astutos cual serpientes,  
sencillos como palomas,  
no creed que son axiomas  
las proclamas más ardientes.  
Sed sólo sus penitentes  
y zarpad con temporal  
como zarpa la cabal  
cuando llega este runrún  
y llaman Cafarnaún  
al más antiguo arrabal.

Echad las redes al río  
para pescar nuevos peces  
y caed otras tres veces  
en la fe de su navío.  
Un trasmallo en el rocío  
de sus ojos desbordados,  
que hacen olas desolados,  
cogerá buenos augures  
y dos canastos de albures  
si a la Virgen vais anclados.

Loca, mas seis veces cuerda  
como boca de guitarra,  
canta como la cigarra  
sin que nada le remuerda  
más que ver la orilla izquierda  
cuando está en la orilla opuesta  
y asiste a la enorme gesta  
del Señor arrodillado:  
cuando todo ha terminado  
su misterio es una fiesta.

Germina la rosa blanca  
que duerme siempre a sus pies  
y florece en su moisés.  
La riega la lluvia estanca  
de esa lágrima tan franca  
que sangra por seguiriya.  
Esa rosa es flor de arcilla  
con pétalos como enaguas  
que leva el ancla en las aguas

del pozo de su barbilla.

Un chillido de desgarró  
del mudo en la sacristía  
modeló en alfarería  
esa cadera de barro.  
En mi hundimiento me agarro  
al muelle de su cintura  
y cruje la arboladura  
del barco de su consuelo.  
La Esperanza es el anzuelo  
que pesca nuestra Amargura.

Quién fuera ese resplandor  
que ejerce su sacerdocio  
cada vez que el equinoccio  
le ilumina su amargor...  
Quién pudiera ser pintor  
sobre túnicas de sarga  
cuando la blancura embarga  
el más silencioso afán  
mientras le limpia San Juan  
su lágrima más amarga.

Quién pudiera enmudecer  
como calla el prisionero  
que va hacia el desolladero  
con Soberano Poder.  
Quién fuera ese anochecer  
del Domingo de alabanza  
a la hora de esa danza  
que allí en San Juan de la Palma  
es una Amargura en calma  
que explica nuestra Esperanza.

En lo amargo de su ojera  
está la vida en retorno.  
Y donde gira su torno  
la Esperanza marinera  
es salobre la ribera:  
sal y sol por la ventana.  
Estaré loco con gana,  
pero he visto en mi locura  
Esperanza en la Amargura  
y Amargura por Triana.

## **IX. Proverbio Gitano**



La Amargura y la Esperanza se atraviesan en mis adentros a la hora de mis Angustias, que es la gitana que me quita el “sentío”. De un gitano aprendí yo precisamente a desarrollar el “sentío” más importante de cuantos tenemos las personas: el de la medida. Ese sentido que nos resuelve la ecuación más difícil de la vida. La relación exacta entre nosotros y nuestra fe. El resultado concreto de la cuenta que tenemos que hacer entre nuestro corazón y nuestras manos, entre la misericordia y la caridad. Porque la caridad no consiste en lavarnos la conciencia, no es únicamente darle un kilo de garbanzos al hambriento, es también darle conversación al que necesita hablar. La caridad no es dar, sino darnos.

Estaba yo participando en una reunión de buenos cayos reales cuando aquel hombre, un anciano de pañuelo anudado al cuello, bastón de caña y la piel como la endrina, metió colérico la cabeza en una olla de menudo recién sacada de la candela y empezó a comer para hacerle justicia a todos sus antepasados. Comía con ganas de siglos. Mojava la miga de un bollo con verdadera inconsciencia. Hasta que, de repente, sacó la frente de aquel paraíso cuyos hervores ni siquiera le quemaron la lengua y con un resoplido que parecía salirle por todos los orificios de la cabeza después de haberse puesto hasta la mismísima corcha, exclamó: “¡Dios mío, no me mató la jambre y me va a matá la comía!”. Pues eso. Que tampoco nos mate la “comía”. Cuidado con los excesos, que en las cofradías también se dan. Y sigamos ese mensaje de humildad que nos da el Señor de la Salud, que es la justa medida de todo hasta que, habiendo cumplido con los demás, puede permitirse el disloque.

Por eso yo no tengo más remedio que morir con ese calé, que es un aristócrata de la sevillanía, al que desgraciadamente le acierto ahora, no en la palma de su mano, sino en los nudillos, todo lo que está a punto de pasarle.

Tú sabes que te camelo  
porque eres el patriarca  
de los gitanos del cielo.

Mal fin tengan los judíos  
que van fuera de compás  
echándote un mal bajío.

Pleitos tengas y los ganes,  
que hasta los jueces más sabios  
no supieron condenarte.

En la palma de tu mano  
está escrito tu mal farío:  
morirás crucificado.

Y toíto lo consuelas  
cuando te esperan los puros  
bajar la calle Peñuelas.

Y todo el oro lo empeñas  
para silenciar tu alcurnia  
en la Casa de las Dueñas.

Y por la calle Artemisa

los gitanos de los tratos  
se destrozan las camisas.

Vivan los cayos reales  
que le bailan a la muerte  
en los cuartos de cabales.

Me remuerden los achares  
porque yo no soy flamenco  
ni estoy hecho de tu carne.

Yo no chanelo calé,  
pero siempre te hablo en plata  
cuando te pido el clavel.

Dios te eligió para ser  
en la fragua de los hombres  
su divino churumbel.

No serás de sangre azul,  
pero no hay mayor nobleza  
que la que te da la cruz.

Y en este trance inhumano  
yo nunca he visto un Señor  
más señor que tú, Gitano.

## **X. El relevo de la cruz**

El Gitano es uno de los señores que se sacan la papeleta de sitio en la gran hermandad de Sevilla. Desde que le dejan la cruz en lo alto al Señor de la Victoria en el Porvenir el Domingo de Ramos esos judíos que se pasan el resto del año escondidos de la vergüenza detrás de las matas del parque, van a echarle una mano doce, como los apóstoles, como las horas del reloj que nos iguala, en su largo Viacrucis. Doce nazarenos y tres cirineos llevan nuestra cruz en relevo hasta el Calvario de Sevilla. Esa cruz pasa de las Penas de San Roque a las Penas de San Vicente. Del Señor de la Salud de la Candelaria al de la Misericordia de las Siete Palabras. Del encogido y enjuto Jesús con la cruz al hombro del Valle, al del Silencio, que se la cambia de hombro y de forma para intentar buscar una manera más cómoda y cadenciosa de soportar el tormento sin hablar con nadie. Del Cristo de las Tres Caídas de Triana al de San Isidoro, último rodillazo de la ciudad justo allí donde están sus vestigios más antiguos, en el mismísimo origen de este cahíz. Es curioso: Dios fundó Sevilla exactamente donde su hijo cayó por última vez. El de los Gitanos se la da, después de toda la noche en vela, antes de que el Viernes se uniforme de tarde y el sol haga cálices sagrados con sus rayos en el ámbar del horizonte, al de la O, que después de una semana con el mundo a cuestras va ya “jorobaíto” por el Altozano. Y el de Pasión se la lleva al Señor, último y primero de todos los costaleros de esta igualá, la única de todas en la que el capataz siempre tiene

razón. Los doce nazarenos de Sevilla nos dan una clase de caridad, de verdadera hermandad, de Amor al prójimo. Y todos acaban en el mismo sitio. Yo lo veo de forma diáfana cuando el Jueves oculta tras sus deseos de Madrugada al de Pasión y ese Hombre camina descalzo a solas por las calles para hacerle la horma a Sevilla.

Pelícanos de Amor en su horizonte,  
Rocío de Sevilla en el camino,  
la Virgen de las Aguas, mastodonte,  
mirando a San Cristóbal el divino.  
La cruz de su suplicio ya en el monte  
tallando Montañés su cruel destino  
en rasgos de andaluz cargando el leño:  
castigo de ladrón a nuestro dueño.

Señor desvencijado, Dios del cielo,  
que vino al Salvador para salvarnos  
y sigue soportando ese flagelo  
que rompe su semblante para darnos  
lecciones de dolor sin un consuelo  
que pueda en su fatiga consolarnos.  
Soporta sobre sí nuestros pecados  
y llora sobre charcos plateados.

Camina en un silencio que lo mata,  
naranjos colegiales a su paso,  
la rampa en zapateo de alpargata  
bailando seises viejos su parnaso  
en tablas que la luz pinta de plata.  
Poesía de la noche a cielorraso  
en versos que a la muerte hablan de usted  
y a besos le recita la Merced.

Señor de talla magna en el envite  
que avanza con la cruz hacia barrancos  
y nunca se dirige a un escondite  
ni arría el pie derecho, ni los zancos.  
Nosotros siempre andamos al desquite,  
Él va enfilando ya la calle Francos  
y vamos eludiendo su mirada:  
Dios mío, qué vergüenza más callada.

El gallo canta fuerte en los jardines,  
tres veces lo negamos, tres traiciones,  
y tocan las campanas a maitines  
al dar Dios su relevo entre oraciones:  
la cruz del Salvador por Placentines  
que vuelve al viejo patio de abluciones  
y luego en San Román torna al comienzo,  
la deja el de Pasión en San Lorenzo.

## **XI. Señor, ¿cómo te pido perdón?**

Allí deja todo el mundo su cruz. Vamos todos a descargarnos. A dejarle el peso de nuestra conciencia para que Él lo cargue como pueda. Y nunca le preguntamos ni cómo está. Si le duele, si está cansado, si necesita ayuda. Toda la misericordia es Él, que nos abre los ojos ante tanta ceguera. A mí me los abrió. Hace algunos años salí a la calle, como tantas otras veces, con un escogido grupo de amigos del alma para rematar el Jueves Santo y desembocar juntos en la Madrugada. Entre ellos venía Manolo Lara. Manolo apenas ve. Tiene una enfermedad genética, que se llama Atrofia Óptica de Leber, que le ha ido haciendo perder la vista hasta apenas percibir leves sombras. Aquella noche estuvimos juntos en la entrada del Valle, luego nos fuimos a la calle Feria para recoger a Montesión y a partir de ahí nos dejamos guiar por su deseo. Quería llevarnos a ver al Señor en un sitio que a él le gustaba mucho. Como conoce la ciudad por sus adentros, porque ya sólo puede intuirlos, le seguimos con paciencia. Sorteamos varias bullas y acabamos en un callejón que se llama Rubens y que da a Conde de Barajas. La anchura de esa callejuela es de apenas dos metros y nosotros nos quedamos retrasados porque cuando llegamos ya no se cabía.

-Éste es el sitio- nos dijo ufano.

Yo le contesté airado:

-Manolo, el Señor pasa por Conde de Barajas y aquí la perspectiva es muy estrecha.

Chiquillo, aquí no se ve “na”.

Su respuesta fue una lección que no olvidaré:

-No verás tú.

Me callé avergonzado y esperé. En cuanto los ciriales salieron a la Plaza ya estaba Manolo mandando callar. “Silencio, que ya viene ahí”. Lo estaba viendo con los oídos. Lo estaba viendo con su fe, como el ciego Bartimeo al que Jesús sanó en Jericó. Lo estaba sintiendo venir con esos andares a rastras que enmudecen la ciudad. Yo cerré los ojos y aprendí a escuchar al Cisquero. Y cuando pegó la zancada por la rendija que nos dejaba el callejón, una sola zancada, rápida y efímera, me dio un apretón en el brazo que todavía tengo señalado. Siempre lo tendré. Porque esa es la marca que me permite recordar a todas horas lo que aquella noche Manolo me enseñó. Aprendí que el Señor jamás es un visto y no visto. Que no hace falta verlo con los ojos porque se ve con el alma. Y aprendí a ver ciegamente su omnipotencia. No te lo he dicho nunca, Manolo, pero quiero darte las gracias porque con tus ojos he visto tantas cosas... Con tus ojos he divisado lo invisible. He conocido la belleza. Y he visto mi verdadera cruz. Esos ojos tuyos que laten, que son mucho mejores que los míos porque no se conforman y se pasan la vida luchando, también me ayudaron, aunque tú no lo sepas, a contemplar el año pasado otra verdad que ahora revelo.

Estaba yo de promesa detrás de la Esperanza y un hermano mío al que quiero con locura, que es el aguaor de La Que Manda, me abrió los ojos del todo. Por Lasso de la Vega me dijo: “¿Tú me puedes hacer un “mandao”? Cogí la cántara pensando que quería que se la llenase en alguna taberna. Pero rápidamente me corrigió: “No, no es eso, es una cosa más importante. ¿Tú puedes llegarte un momentito a pedirle por mí al Señor de Sevilla, que yo no me puedo mover de aquí?”. Ni le contesté. Salí corriendo entre la bulla y llegué a sus pies cuando iban pisando las huellas de Murillo y

Velázquez, ya de vuelta, a esa hora oscura en la que mira con el rabillo del ojo al Cristo de la Expiración y le murmura para sus adentros ese saludo perdido que ya sólo conserva Él en su descomunal sevillanía: “A la paz de Dios, Hermano”. Le pedí por Manuel y después, en la negrura que convierte la visión en un solo punto de luz color malva, decidí también pedirle algo para mí. Se lo dije de frente, como le habla Manolo Villanueva, sin rodeos: Señor, siempre vengo a pedirte salud, felicidad o que me resuelvas algún problema. Pero hoy vengo a pedirte algo mucho más importante. No vengo a pedirte ayuda para mis anhelos ni a dejar, como siempre, mis miserias sobre tu hombro. Ya lo sé, Tú siempre das y callas, concedes y sigues caminando hacia tu muerte, más allá de los sentidos. Pero a sabiendas de todo eso vengo yo desde la vera de la Esperanza a pedirte ahora lo más importante que puede pedirte un cristiano. Yo vengo, Dios mío, roto por mis debilidades, completamente ciego de egoísmo e inundado en pecados, a pedirte perdón. Perdón, Señor. Mil perdones vengo a rogarte rezándote a mi manera por la calle, a tientas, mientras te oigo jadear:

Señor que todo lo puede,  
onda de luz del santolio  
y raíz del gran magnolio  
que sus alas te concede.  
Tu vuelo a veces sucede.  
Yo te he visto levitar  
sobre las aguas del mar  
con tu paso racheado.  
En ti se inspiró Machado.  
Tú haces camino al andar.

Vas repartiendo indulgencia  
mientras padeces desprecio,  
mantienes el rictus recio  
frente a la vil indolencia  
y exhalas benevolencia  
al rachear tu aflicción.  
Y yo, en mi tribulación,  
te pregunto siempre al alba:  
Señor que vistes de malva,  
¿cómo te pido perdón?

El zigzag de la serpiente  
esquivando tus espinas  
es la ruta de tus ruinas,  
el silencio en el ambiente  
es un alarido hiriente  
que otorga la redención  
y todos, por compasión,  
quieren ser tu cirineo  
cuando llegas al Museo  
y la noche es un crespón.

Eres la sílaba tónica  
del Verbo de Dios magnífico,  
el primer eco salvífico  
de la gramática agónica.  
La ciudad se queda afónica  
al verte pasar exánime.  
Tú eres el acento ecuánime,  
una queja sobreesdrújula,  
eres el Sur de la brújula  
y en Sevilla el más unánime.

Y yo, que nunca fui nada,  
que desprecié tu potencia,  
lloro ahora en mi conciencia  
rogándote una mirada.  
Con la túnica morada  
que tan lento bamboleas  
mis adentros zamarreas  
como un naranjo en deshielo  
y caen mis flores al suelo  
para alfombrar tus ideas.

Eres fresco manantial  
desbordado de ternura  
y eres desembocadura  
donde fenece el caudal  
de tu suspiro letal.  
Eres fuego de pavesa  
que se apaga en la dehesa  
del gentío que te ha visto.  
Cuando pasas, todo Cristo  
quiere ser de Juan de Mesa.

Mayor Dolor y Traspaso  
ya no cabe en tu semblante  
y vas siempre hacia adelante  
con el oxígeno escaso  
librándonos del fracaso  
y sin cambiar la expresión,  
nos das la resurrección  
y tu mirada nos salva:  
Señor que vistes de malva,  
¿cómo te pido perdón?

Tu misericordia asciende  
al paraíso del Hombre  
por tu humilde mayordombre,  
la que al que te hiere atiende  
y al derrotado defiende.  
Vas a un cielo de esmeralda

y aunque ataquen por la espalda  
para enterrarte en sus trampas,  
Sevilla te pone rampas  
por dentro de la Giralda.

¿Quién te pide a ti perdón  
con todo lo que perdonas?  
¿Por qué no nos abandonas  
después de tanta traición?  
¿Quién soporta tu pasión  
con el castigo que aguantas?  
¿Con qué fuerza te levantas  
si todos quieren hundirte?  
¿Por qué nos dejas herirte  
siendo tus heridas santas?

Sobre ti va todo el peso  
de nuestras oscuras manchas  
y nunca quieres revanchas.  
Perdonas a tu regreso  
a cambio de un simple beso  
en tu gastado talón.  
Repartes absolución  
y lo negro en ti se enalba.  
Señor que vistes de malva,  
¿cómo te pido perdón?

Tú cargas con nuestra carga  
y luchas con nuestra lucha,  
pero a ti nadie te escucha.  
Tu hidalguía sin adarga  
con esa zancada larga  
es candil en un abismo  
y epicentro en un seísmo  
que vuelve todo a su centro.  
Todo te lo quedas dentro  
y siempre sufres lo mismo.

¿Quién pregunta por tu pena  
cuando te cuenta la suya?  
¿Quién al verte te murmulla  
que le duele tu cadena?  
¿Quién te da la enhorabuena  
por lo que pudiste hacer?  
¿Quién te ayuda a fenecer  
cuando avanzas al relente?  
¿Por qué siendo omnipotente  
te dejas escarnecer?

Eres el más idealista,  
el de mayores anhelos,  
das el reino de los cielos  
a cualquiera de la lista  
que San Juan Evangelista  
señala desde el cajón.  
Tú no haces acepción  
y nos quieres a mansalva:  
Señor que vistes de malva,  
¿cómo te pido perdón?

Lo siento, Señor, perdona,  
yo nunca te hablo de ti.  
Tú siempre dices que sí.  
Soy espina en tu corona  
y mi razón no razona  
cuando me vas a absolver.  
Tanto te miro sin ver  
que en tu ráfaga me ciego,  
por eso, Señor, te ruego:  
Perdóname, Gran Poder.

## **XII. Sevilla es Esperanza**

Después de pedirle perdón al Señor regresé, andando a solas por mí mismo, buscando atajos en mi conciencia, junto a la Virgen. A estas alturas les ruego que se quiten el reloj porque aquí termino mi deambular y a partir de ahora ya no sé medir. Sé simplemente esperar. Yo me puse allí, compungido, junto a Ella, porque ya no pude recuperar mi sitio, y me concentré en mirar algo importantísimo que durante años había tenido delante y nunca había sabido ver.

Hay detrás de la Esperanza cinco hombres callados, cinco ángeles de paz desapercibidos, que llevan guantes de gamuza. Yo los llamo los “manosblancas” de la Virgen. Los escoltas de su rastro. Durante la Noche de Sevilla esos cinco centinelas van ahí, silenciosamente, de promesa y oro, sacando los brazos que se cuelan por las rendijas de la devoción en las entrañas del tisú. Son los guardianes del gañafón, los llamados guardamantos, los que van evitando el pellizco porque el pellizco sólo lo da Ella. Esos cinco celadores de la despedida, los primeros hombres que pisan las pisadas que va dejando la Esperanza, son notarios de una verdad que sólo conocen ellos: el poder de devastación que tiene esa chiquilla, la única niña de la ciudad, del mundo, capaz de hacernos comprender el auténtico dolor de su Hijo. Que somos débiles, pecadores. Que todos nuestros vítores se quiebran en un llanto redentor cuando Ella pasa, cuando se va y nos deja solos con nosotros mismos esperando otra vez que el círculo del tiempo nos vuelva a poner la Esperanza de cara. ¿O acaso no han tenido nunca la tentación, nada más verla pasar, de quedarse en ese mismo sitio todo el año hasta que vuelva a aparecer de frente? Los “manosblancas” van por detrás sin verle la cara porque su cara está en la de la gente cuando Ella pasa, en esos espejos nocherniegos por los que cae la escarcha del llanto. Esos cinco hombres son quienes mejor saben en esta ciudad que el verdadero poder de la Virgen consiste en arrebatar nos nuestra armadura y dejarnos desnudos cuando pasa. Ellos son testigos de la algarabía con la que la recibimos y de la congoja con que nos deja. Esos “manosblancas” saben



que la Virgen es un huracán que se lleva cada Viernes de la Muerte todas las supercherías de la ciudad y transforma los vivos y el folclore en una masiva redención cristiana que llena de lágrimas las pilas con las que cada año renovamos nuestro bautismo. Por eso el tiempo de Sevilla es una dimensión que va desde que Ella termina de pasar hasta que Ella vuelve de nuevo. Sevilla es lo que hay entre su espalda y su cara. Es el gajo de amargura que deja detrás transformándose en mermelada cuando otra vez se nos acerca. Y los “manosblancas” son los finos relojeros de esa Esperanza, los guardaespaldas de la Sevilla eterna que habita en la hermosura del rostro de la Virgen, esa historia de nuestro paraíso terrenal que está resumida en su pellizco y que intento escribir ahora sobre un retal de tisú para acabar este delirio por el que les he llevado. Ea, que ya está aquí la chiquilla de la Muralla Vieja. Que empieza todo otra vez. Abran los ojos, sevillanos, que el círculo vuelve a cerrarse. Esta es la Buena Noticia que traigo: Sevilla es Esperanza. Y ante la Esperanza el tiempo vuela con la misma certeza con la que después de Ella la ciudad esperará de nuevo. Por eso, Madre, voy detrás de tu llanto gimiendo a voces...

Después de ti el tiempo duerme,  
Sevilla hiberna en tu manto  
y toda su duda es cuánto  
ha de mantenerse inerte.  
Te vas y al compadecerme  
todo mi pesar resuelves.  
Al marcharte te disuelves  
y esa eterna madrugada  
se queda tras tu pisada.  
Sólo amanece si vuelves.

Todo es noche tras tu día,  
es otra vez el principio  
y el verbo es un participio  
que conjuga la agonía  
de tu hermosa asimetría.  
Eres fugaz en tu euforia,  
por eso todo es memoria,  
tu belleza es espejismo  
que atrás deja un atavismo  
donde cabe nuestra historia.

Eres ráfaga de un faro  
que nos guía en el destierro,  
eres cadena de hierro  
que arrastramos con descaro  
hasta el destino más caro  
que pones a nuestro alcance:  
el que está detrás del trance  
de este destierro de Eva  
que tu hermosura renueva  
cada año en un romance.

Por delante eres un cuándo

en una hora inconcreta,  
y por detrás calendario  
que empieza otra vez la cuenta,  
eres la raíz del árbol  
que da la flor de esta tierra,  
el interminable espacio  
que queda tras tu certeza  
y un extraño corolario  
que nos deja en la indigencia  
sin soberbia y sin boato.  
Eres verdor de azotea,  
el verde que está más alto  
porque todo en Ti es alteza,  
eres belleza sin calco,  
quimera de la belleza  
que avanza como un milagro  
por la sombra de mi celda.  
Eres un salvaje estrago.  
Eres la más honda huella.  
Eres columna de mármol,  
mosaico de mil teselas,  
San Isidoro del Campo  
con esa biblia primera  
que se escribió en castellano.  
La gran Casa de la Exedra,  
el Carambolo enterrado,  
la Virgen guapa tartesa  
que vieron los turdetanos  
cuando sembraron la huerta  
que llamaban de Macario.  
La más hermosa enfermera  
del hospital de tu barrio,  
Catalina de Ribera,  
aparición al rey santo  
de mi Valme nazarena  
allá en los Cerros de Cuarto.  
Eres la llave maestra  
con la que abrió San Fernando  
el postigo de la Iglesia,  
la que derrotó a los vándalos  
de Gunderico y de Réquila,  
la del Recaredo arriano  
que abjuró de su nacencia  
ante el obispo Leandro,  
un santo de Cartagena  
que con Isidoro el magno  
fundó Sevilla la vieja.  
La reina que por Trajano  
es la única que impera  
en el imperio mundano.

Eres la Sevilla eterna  
que apenas dura un relámpago,  
la eternidad pasajera,  
la mayor luz de los astros,  
reflejo de las vidrieras,  
la vida que va humeando  
su esperanza carbonera  
cuando por Parras, llegando,  
suspiran por Juana Reina  
las cinco flores del Gallo.

Por detrás toda la escena  
es el gentío en harapos  
porque desnudo lo dejas.  
Eres montaña en lo llano  
y un túnel en candilejas  
que esconde el viejo legajo  
del hilo de la madeja  
que dice "nomadejado".  
Eres el Nudo, la enseña  
de la rendición de Sancho,  
la mujer que más gobierna,  
la del adorno engarzado  
que se engalla en su silueta,  
la del amargor salado,  
almohade de Florencia  
y mercader del pasado  
que levantó sobre piedra  
la catedral de los barcos  
construida en la Edad Media  
por orden de Alfonso el Sabio.  
Al irte eres carabela  
alejándose de Palos,  
Colón partiendo de Huelva  
para hallar lo nunca hallado,  
la legión bajo la niebla  
arrasando el decumano  
de la Alfalfa a la Barqueta  
y Escipión el Africano  
conquistando Celtiberia.  
Eres la que cruza el Cardo  
con la centuria deshecha,  
la emperadora de Adriano,  
la Virgen de Julio César,  
la que dejó a Justiniano  
sin gobernar esta ceca,  
la que curó con su encanto  
la terrible peste negra,  
la que acabó de un plumazo  
con la mayor epidemia:

la de aquellos que atacaron  
el tarro de las esencias,  
esos que nunca aceptaron  
cuáles son nuestras creencias  
pero ante ti claudicaron.

Al venir eres la juerga  
de la boda del rey Carlos  
e Isabel la portuguesa,  
eres Bonifaz al mando  
de su flota de galeras,  
eres huracán y caos,  
eres la musa astillera,  
la que derrotó al gabacho  
de aquella invasión francesa  
que esquilmó cientos de cuadros  
pero no tu independencia.  
Eres puerto milenario,  
la Casa de la Moneda,  
el sueño durmiendo en vano,  
Casa Lonja de la Seda,  
Magallanes con Elcano  
dándole al mundo la vuelta,  
eres ancla y astrolabio,  
crótalo de danza griega,  
Olavide dibujando  
el mapa de tu grandeza  
y Juan de Arfe tallando  
la Custodia de tu herencia.  
Eres dulce latigazo,  
imparable ventolera,  
eres el oro del sayo  
que se duerme en tus caderas.  
Eres paz y eres espasmo.  
Eres la gran heredera  
sin título nobiliario  
del alba de la nobleza  
cuando traspasas el Arco  
y el eco de las almenas  
te anuncia como un pilatos  
que ya se dictó sentencia.  
Cuando vienes eres marzo  
abriendo la primavera.  
Cuando te vas eres mayo  
ardiendo en vivas candelas.  
Por delante eres un rayo  
que por detrás de Ti truena.  
Por eso este humilde hermano  
te exclama aquí su demencia.  
Que me condene el teatro

por esta gran insolencia  
y el Señor de ojos castaños,  
el que a nosotros se entrega  
con el semblante agachado  
sin oponer resistencia,  
el que escucha el triste fallo  
del prefecto de Judea  
sin poder ya ni mirarnos  
y es uno más tras tu estela  
caminando cabizbajo,  
perdone mi irreverencia.  
Que se deshagan los tramos,  
que se rajen las nagüetas  
y que se abollen los cascos  
con las costillas abiertas  
que visten esos soldados  
que anuncian con sus cornetas  
que Cristo está ajusticiado.  
Que se derrita la cera,  
cirios verdes y morados,  
que suene en la calle Feria  
la marcha de los armaos  
y se calle la Alameda,  
métele candela, Hidalgo,  
que se aguante el que protesta,  
que suene fuerte “Abelardo”,  
que la gloria no molesta  
y voy a acabar mi canto  
por esta Esperanza nuestra.

Cuando pasa tan despacio  
la Madre por nuestra vera  
y van sus flores vibrando  
como tiemblan nuestras piernas,  
Ella es vaso de alabastro  
de las lágrimas serenas  
que derraman entre abrazos  
las miles de magdalenas  
que por detrás van quedando.  
Y un veredicto en mis venas  
mi sangre grita y ya callo:  
la espera es pura impaciencia,  
es costumbre sin ensayo,  
pero al pasar es barrena,  
es un ciclón sin reparo  
como un arrastre en la arena  
que nos tiene todo el año  
guardando en nuestra alhacena  
todo el tiempo sevillano.  
Porque el tiempo aquí es la queja

de la flor de los naranjos  
al morir en la colmena,  
es la vida transitando  
desde la amargura al néctar.  
Y Sevilla es el letargo  
que la Esperanza almacena  
entre que se va de largo  
y vuelve la Macarena.

### **Rito de Conclusión: a Sevilla**

Mientras llega Ella, déjenme irme de aquí con una protesta de fe sobre este paraíso  
en el que pongo toda mi Esperanza. Ay, Sevilla...

Eres más cárcel que cuna,  
pero eres mi libertad,  
mi mentira y mi verdad,  
la prisión de mi fortuna.  
Eres el hambre que ayuna,  
eres tiempo sin edad,  
eres, oh vieja ciudad,  
todas mis cruces en una.  
Yo soy suelo de serrín,  
soy la Trinidad de luto,  
de los Olivares fruto  
y un cimiento de adoquín.  
Tú eres toque de clarín,  
tierra amarga y agorera  
que da voz a mi ronquera  
para llamar al motín.  
Tú mi dueña, yo tu esclavo,  
tú eres aire, yo pulmón,  
tú silencio, yo oración,  
tú mi cruz y yo tu clavo.  
Tú mi iglesia, yo tu fiel,  
tú el sagrario, yo el pecado,  
tú el perdón, yo el perdonado,  
tú mi sangre, yo tu piel.  
Tú el rocío de mi aurora,  
blanca flor de mi semilla,  
canto romo de la hojilla  
donde ayer siempre es ahora,  
y yo escritura sencilla  
de tu palabra deudora  
que ante tus versos se humilla.  
Tú eres mi amor posesivo,  
el oro de mi alianza  
y ese soplo de Esperanza  
del que siempre soy Cautivo.  
Eres la que manda en mí,

en mi conciencia la única  
y en mi deber una túnica  
con palpito carmesí.  
Yo soy tiro sin cañón  
para una bola de cera  
que duerme en mi cabecera  
y me apunta al corazón.  
Tú eres mi letal veneno,  
la que me quita la vida,  
y yo en mi cobarde huida  
siempre soy tu nazareno.  
Tú eres el cielo en mi altillo  
y Dios mismo en San Lorenzo,  
yo soy un humilde lienzo  
y tú el pincel de Murillo.  
Yo Sentencia, tú justicia,  
yo el macero, tú la maza,  
yo soy el papel de estraza  
donde escribes tu noticia.  
Soy en tu puerta indigente,  
la oscuridad abriendo hueco,  
y tú el abismo de un eco  
que dice "venga de frente".  
Yo soy siempre tu rehén,  
tú eres mi celda y mi edén  
y mi boca misionera.  
Eres mi adentro y mi afuera,  
eres mi cómo y mi quién,  
tierra final y primera  
que enterrará con desdén  
el alma de mi quimera,  
mi origen, mi último tren,  
lo que perdí, quien me espera,  
reloj parado en mi andén,  
donde nací y donde muera,  
mi principio y mi huesera,  
mis alas y mi sostén,  
mi destierro y mi bandera,  
mi amada y mi carcelera,  
mi Calvario y mi Belén,  
y ante Dios, cuando Dios quiera,  
mis dos palabras postreras  
serán Sevilla y amén.

